

En Klehn, Niza y Canal Milpeta
Lo) novela del año 4.º, tiene pie, FCB, 1999.
Mano A.

LA INVERSIÓN INTERNA: DE LA SACRALIDAD A LA DEFENSA

De esta manera, a través de una larga y matizada descendencia el esclavo obediente, el veterano unitario, el capataz respetuoso y habilitado, el hombre de confianza, en última apelación sirve a la ideología de una clase para impugnar los cambios del país o canalizarlos a su favor. El sustancialismo al que se apela, la elegiaca mirada hacia atrás o en busca de esencias son manifestaciones más o menos veladas de una reacción. Quizás en quien mejor se advierte ese mecanismo de reacción y elegía como pasaje de la estabilidad indiscutida y patriarcal a un movimiento defensivo es en otro de los intelectuales íntimamente conectados con la clase tradicional en su etapa roquista: en "Tucumana" de Cané (*Prosa ligera*) se encuentra un fragmento donde la nitidez participa al mismo tiempo de la ingenuidad y el cinismo. Mejor dicho, su coherencia es de tal magnitud que parece cinismo: "Luego venía Toribio, el hombre de confianza de Segovia, capataz del establecimiento en su ausencia... rey y señor allá en sus máquinas". La validez y voluntad del esclavo sumiso se realiza al pie de la máquina; su señorío es lejano pero eficaz; no se lo ve trabajar, lo que es una ventaja para una mirada estética, pero se lo oye accionar la máquina con ese ronroneo tranquilizador y acumulativo.

Decía a Clara *niña* Clarita, amansaba él mismo los caballos destinados a su silla, se sacaba el sombrero delante de don Isidoro o don Benito y trataba a los peones como amigos, lo que no impedía que de tiempo en tiempo demoliera uno o dos de un puñetazo...

El circuito recorrido por este lugar común de la literatura vinculada a la clase dirigente tradicional pasa por el puesto de capataz; la habilitación y la equívoca jerarquía que al *criado favorito* le otorgan los amos difícilmente hubiera parado en otra cosa. Más allá quedan el delator y el verdugo y, lo que es más grave, la trayectoria parece orientarse en esa dirección. "Manejar todo ese mundo, el de los peones, no era cosa sencilla —continúa Cané— y se necesitaba, a más de los puños de Toribio, su aureola de soldado valeroso, como lo atestiguan las medallas que lucía su pecho, en las grandes fiestas de la iglesia". Hasta lo más toscamente empírico, como era previsible, se justifica mediante las vías espiritualistas. Pero la cosa sigue:

Como Segovia, su mujer y Clara amaban la hacienda. No sólo encontraban allí una vida de paz y tranquilidad, sino también aquel secreto halago que tan profundamente han de haber sentido nuestros padres y que para nosotros se ha desvanecido por completo, arrastrado por la ola del cosmopolitismo democrático; la expresión de respeto constante, la veneración de

los subalternos como a seres superiores, colocados por una ley divina e inmutable en una escala más elevada, algo como un vestigio vago del viejo y manso feudalismo americano. ¿Dónde, dónde están los criados viejos y fieles que entreví en los primeros años en la casa de mis padres? ¿Dónde aquellos esclavos emancipados que nos trataban como a pequeños príncipes, dónde sus hijos, nacidos hombres libres, criados a nuestro lado, llevando nuestro nombre de familia, compañeros de juego en la infancia, viendo la vida recta por delante, sin más preocupación que servir bien y fielmente?... El movimiento de las ideas, la influencia de las ideas, la fluctuación de las fortunas y la desaparición de los viejos y sólidos hogares, ha hecho cambiar todo eso. Hoy nos sirve un sirviente europeo que nos roba, que se viste mejor que nosotros y que recuerda su calidad de hombre libre apenas se lo mira con rigor. Pero en las provincias del interior, sobre todo en las campañas, quedan aún rasgos vigorosos de la vieja patriarcal de antaño, no tan mala como se piensa...

Si los otros escritores vinculados a la clase dirigente tradicional podían resultar ambiguos, Cané es explícito hasta la humillación. Los voceros de esa clase social —por consiguiente— a través de las diversas interpretaciones de la figura del *criado favorito* evidencian su secreta esperanza más o menos velada por conservar el término privilegiado de la relación amo-esclavo y seguir siendo "niños-dios", dioses o verdaderos objetos de culto. Pero la historia, especialmente de 1880 en adelante, los ha ido penetrando hasta obligarlos al repliegue dentro del contexto de su clase: en lo político se manifiesta en alianzas de sobrevivencia; de manera correlativa y complementaria, en el terreno de las ideas, con una búsqueda de reductos para la vida interior o con la instalación en un mundo terso y difícilmente asequible poblado de tautologías donde la Argentina es la Argentina. Es decir, fuera del mundo.

Literatura argentina y realidad política, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, 1964, pp. 81-121.

Mármol: los dos ojos del romanticismo
(1964)

Firmes en su último punto de defensa, los sitiados de Montevideo han dirigido su mirada a Europa, y han tenido fe, ante todo en su simpatía, en la comprensión de sus intereses. E invocan a la civilización en socorro de la civilización. ¿Se los abandonará a la barbarie?

ALEJANDRO DUMAS
Montevideo o La Nueva Troya, 1850.

PLANTEOS, REALIDAD E IDEALISMO

“EL MUNDO de nuestra vida intelectual —enunció Echeverría en el *Dogma socialista* con una lucidez premonitrice que señala el Scila-Caribdis de nuestra historia cultural— será a la vez nacional y humanitario: tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad”. Dentro de este programa de equilibrio entre dos actitudes, que de postulado, se tornó invariante y que supone un sentimiento de inferioridad y carencia y un esfuerzo correlativo por obtener una síntesis trascendente, está encuadrado Mármol. Es decir, se inscribe entre los dos términos, pero lo que en las formulaciones de Echeverría era pretensión de síntesis, en él se convertirá en antinomia.

En *Amalia* (1844-1851) esa doble mirada resulta tan evidente como significativa, porque si se analiza la descripción de la página 71 (ed. Estrada) “El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraídos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo, más bien agradable, pero chocante a la vista. Este hombre estaba vestido con su calzón de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello y un sombrero de paja, cuyas anchas alas le cubrían el rostro a no estar en aquel momento enroscada hacia arriba la parte que daba sobre la frente”, se advierte en seguida el esfuerzo por atenerse a *lo dado* y afirmarse sólidamente en los datos inmediatos (volumen, edad, mejillas, labios, frente, ojos, ropa). Es lo que no está valorado por ningún comentario, lo que todavía es materia de experiencia que servirá de soporte para *lo puesto* y para el ejercicio posterior y correlativo del sujeto legislador. En este caso apenas si enuncia un juicio: “... más bien agradable, pero chocante a la vista”, que resulta en su misma contradicción —“pero”— una disyuntiva que atenúa y posterga su tentación de juzgar. Con esa suerte de immanentismo descriptivo Mármol nos instala frente al tema y nos atornilla pesadamente dentro de sus límites exactos y bien reconocidos, ante el primado de lo inmediatamente vivido y de lo que a él le preocupa, sin posibilidades de escamoteo o distracción. Estamos insertados en algo que se ha desplomado implacablemente frente a nosotros: Mármol nos ha llevado de la mano con cautela como si quisiera orientar nuestra torpe ceguera y nos ha hecho palpar y toquetear sin comentarios, sosteniendo el aliento; nos ha hecho trasponer el umbral y estamos introducidos en algo. Presentimos un clima y una situación y cada uno de esos detalles se impone acumulativamente frente a nosotros y queda librado a nuestro ejercicio valorativo. Los ademanes de Mármol participan del escrupuloso y compulsivo didactismo de un fiscal.

Con ese ritmo nos inserta en su propia situación —*Rosas está ahí*—, nos equipara a su problema y nos compromete en tanto somos nosotros que nos debemos optar frente a esa suma inerte de datos. Recién ahora entenemos el porqué de la postergación de ese susurrado juicio disyuntivo.

En cambio, si se analiza la descripción de Florencia Dupasquier (p. 135)

y era esta joven de diecisiete a dieciocho años de edad, bella como un rayo del alba, si nos es permitida ésta tan etérea comparación. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caían sobre un rostro que parecía haber robado la lozanía y colorido de la más fresca rosa. Frente espaciosa e inteligente, ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas y más oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi transparente, y con esa ligerísima curva apenas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginación y del ingenio; y por último, una boca pequeña y rosada como el carmín, cuyo labio inferior la hacía parecerse a las princesas de la casa de Austria...

se nota de inmediato que aun cuando Mármol trabaje con los mismos materiales que en la anterior descripción, las intenciones y los resultados son diametralmente opuestos: las seis comparaciones (“como”, “parecía”, “parecerse”) al desplazar el núcleo significativo de lo sustancial a lo adjetivo desbaratan toda posibilidad de concreción, de estar ahí, *ahí delante*, para escamotearse en lo que está allá, *allá lejos*, en esa serie de objetos ideales (“un rayo del alba”, “el oro”, “fresca rosa”, “el carmín”, “las princesas”). Estamos ahora frente a un universo de paradigmas y de admirables perfecciones tan inalcanzables como convencionales que configuran precedente y aspiración. Es lo que quiero demostrar: lo genérico disuelve particularidades y esencializa, los signos que muestra sólo evidencian jerarquía (“el mejor distintivo de la imaginación y del ingenio”), el movimiento descriptivo se hace ascensional (“etérea”, “cielo”), los datos se desmaterializan (“transparente”, “ligerísima”, “apenas perceptible”) convirtiéndose en inalterables fundamentos que subrepticamente se proyectan a la vez en causas finales en un doble ejercicio de influencia y atracción. La dura autonomía de objeto del Rosas anterior se trueca ahora en inasible término de comparación de valores lejanos: las cosas que tenemos aquí son sombras platónicas de una realidad inobjetable (“Italia”, “Austria”) que actúan por procuración y cuya estricta coherencia está emboscada en la insalvable distancia. El aquí es un mundo de participación cuyo destino debe resignarse a la aspiración del lejano universo de lo inteligible puro, donde hasta los “defectos” son “bellos”, es decir, elemento arquetípico, ideal y deseable. El aquí, todo eso que Mármol nos ha echado por delante no aparece sino como elemento intermediario entre nosotros y el seno de lo Absoluto. Lo inmediato y sensible no interesa de por sí, por lo que pueda cargar, sino como medio

inicial, el *laissez-faire* y el pasaje al darwinismo social, lo que media entre la acentuación de uno solo de los términos en la movilidad de los fenómenos hasta oponerse a todo lo que implique contradicción y cambio.

Es lo que va del programa del liberalismo maniqueo

(El día, pues, que un gobierno nuevo dirija a objetos de utilidad nacional los millones que hoy se gastan en hacer guerras desastrosas e inútiles y en pagar criminales, el día que por toda Europa se sepa que el horrible monstruo que hoy desola la República y está gritando diariamente ¡muerte a los extranjeros! haya desaparecido, ese día la inmigración industriosa de la Europa se dirigirá en masa al Río de la Plata; el nuevo gobierno se encargará de distribuirla por las provincias...)

a la realización concreta

(Es por efecto de una ley de la naturaleza que el indio sucumbe ante la invasión del hombre civilizado. En la lucha por la existencia en el mismo medio, la raza más débil tiene que sucumbir ante la mejor dotada...).

El espacio de tiempo que media entre *Facundo* y los apuntes de la cartera del general Roca en su campaña al desierto. O la distancia que hay entre las apelaciones a Europa de las *Bases*

(¿Cómo, en qué forma vendrá en lo futuro el espíritu vivificante de la civilización europea a nuestro suelo? Como vino en todas las épocas: la Europa nos traerá su espíritu nuevo, sus hábitos de industria, sus prácticas de civilización, en las inmigraciones que nos envíe...)

y sus impugnaciones maniqueas a lo inmediato

(Haced pasar el roto, el gaicho, el cholo, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción; en cien años no haréis de él un obrero inglés...)

Es, también, lo que a nivel mundial queda entre los planteos de Cecil Rhodes

(Estoy íntimamente persuadido de que mi idea representa la solución del problema social, a saber: para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una guerra civil funesta, nosotros, los políticos coloniales, debemos dominar nuevos territorios para ubicar en ellos el exceso de población, para encontrar nuevos mercados en los cuales colocar los productos de nuestras fábricas y de nuestras minas. El Imperio, lo he dicho siempre, es una cuestión de estómago. Si no queréis la guerra civil, debéis convertirlos en imperialistas.)

y las posteriores reflexiones de Lenin:

La América del Sur, pero sobre todo la Argentina, dice Schulze-Gaevernitz en su obra sobre el imperialismo británico, se halla en situación tal de dependencia financiera con respecto a Londres, que se la puede calificar casi de colonia inglesa (véase Vladimir Halpérin, *Lord Milner et l'évolution de l'imperialisme britannique*).

La distancia que se amplía entre el momento programático de los grupos tradicionales y su etapa de vinculación y adecuación al proceso imperialista, con las secuelas de agotamiento, repliegue, comprobación de límites, contradicciones y posterior sobrevivencia. Es, en fin, el proceso a lo largo del cual la convicción del héroe biográfico de Mármol se degrada en el suicidio de *Sin rumbo* o se desplaza y disuelve cuantitativamente en las masas de Sicardi, Almafuerte o Ghirardo y paralelamente la burguesía se promueve, realiza, verifica y congela en función de su ideología y de su ciclo histórico.

Literatura argentina y realidad política, Jorge Álvarez, Editor, Buenos Aires, 1964, pp. 125-140.

Los generales son "como una nube que nos agarra del pescuezo"
(1982)

ANTONIO MARIMÓN (AM): Mediante el uso arbitrario de la puntuación, de los obstáculos de lectura, de la prosa entrecortada, en *Cuerpo a cuerpo* su narrativa parece tender al encierro y la escritura a hacerse, en cierto modo, hermética y poética. Si se piensa que en su novelística predominó siempre una clara voluntad de narrar, ¿por qué este movimiento?

DAVID VIÑAS (DV): Me parece, quizá, que la densidad del material propuesto por la historia de la Argentina desde 1976 (por lo menos) hacia acá es lo que condiciona la entonación de *Cuerpo a cuerpo*. Le repito: me parece... Resultó una especie de destino ese material tan dramático. Era "el peso de mis cosas". Material impuesto, no ya propuesto. Y presentí que no había forma de eludir esa especie de catarata de gritos, ecos, recuerdos, carreras jadeantes, Rodolfos, Marios y Luisas y Jaimes, tics, caras, insultos y cuerpos. Le diría, era demasiado para mí. Me desbordaba, como le hubiera pasado a cualquiera. Como le estaba pasando a muchos de mis amigos... Ese paquete de cosas perforaba